

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica

1930

Sábado 8 de Marzo

Núm. 10

Año XI. No. 482

## SUMARIO

El Genio de la danza.....	Andrenio	Carta a Vasconcelos.....	Carlos Deambrosis Martins
Mensaje.....	José Vasconcelos	Isadora Duncan y la pedagogía de la libertad.....	Juan del Camino
Poesías.....	Carlos Luis Sáenz	Pongámosle freno a la oratoria fácil.....	Marco Fidel Suárez
Ortega y Gasset.....	Francisco García Calderón	La Edad de Oro.....	César Falcón
De diecisiete a treinta.....	Peter Altenberg	Un emblema y una parábola.....	Juan Luis Vives
Carta a don Víctor Guardia Quirós.....	Haya de la Torre	El jubileo de Edison.....	
Tablero (1930).....	Cornelio Hispano	¡Qué ejemplo!.....	
Bolívar y Humboldt.....			

EN la literatura de confesiones, que arranca de Rousseau, el libro de Isadora Duncan, *Mi vida*, puede figurar como uno de los más atractivos y de los que más valiente y serenamente avanzan en la declaración de la vida interior. Isadora Duncan, muerta en circunstancias misteriosas en que apunta una vaga impresión de fatalidad antigua, fué *alguien*; fué una de esas personalidades singulares que forman en cada época la aristocracia universal, la selección del renombre. Era una artista; verdadera y gran artista que había restaurado la dignidad de una de las primitivas artes, condenada por su fragilidad a caer en una serie de degradaciones. El fuego sacro de las lejanas danzas que fueron expresión del ímpetu dionisiaco se convierte, en civilizaciones viejas y complicadas, en los fuegos lascivos de los bailes libertinos, negros y caucásicos, que entretienen la digestión de los públicos burgueses en *music-halls* y *cabarets*.

Fuó la Duncan la restauradora en nuestro tiempo de las danzas griegas. Su arte tenía la nobleza de las figuras de los relieves y de los vasos griegos. Era la eurytmia de un cuerpo hermoso, la escultura en movimiento cadencioso, la gracia de las actitudes del cuerpo humano arrastrado por el impulso musical. Arte efímero, de aquellos que duran lo que el minuto de su revelación, como es también el del actor, y que sólo pueden conservarse en las pálidas copias de la pintura o del dibujo en el estilo de una tradición de escuela.

Leyendo la vida de Isadora, escrita por ella (de la que se ha publicado una buena traducción castellana de Luis Calvo), se piensa en una reencarnación. Aquella mujer de nuestro tiempo parece venir de la Hélada: diríase que existió en tiempo de Pericles y que trae un mensaje de la belleza antigua. Hay un curioso pormenor representativo en esta autobiografía. Cuando la Duncan pisó por primera vez el suelo de Grecia, besó aquella tierra que le parecía sagrada, entre el asombro de los naturales. Ella, la bárbara, la extranjera, era, en espíritu, la helénica, y los modernos helenos, a pesar del idioma que conserva la tradición—con estar más próximo al griego bizantino que a los dialectos antiguos—, los bárbaros, los

## El Genio de la danza



Isadora Duncan  
en ademán danzante

Por Bourdelle

escitas helenizados. Sin ese amor a la Grecia antigua, que se confundía con el amor y el entusiasmo por su arte, la Duncan hubiera cedido en los tiempos difíciles a las sollicitaciones de los empresarios y hubiera sido una gran bailarina de ópera, en vez de ser la restauradora de una de las bellas artes, digna de figurar en el coro de las Musas.

La vida de Isadora Duncan nos ofrece un ejemplo del desinterés del verdadero artista, de la dedicación plena a la realización de la belleza soñada, de la entrega de sí mismo al fin estético, con desprecio del lucro y aun del aplauso vulgar, virtud cada día más difícil en una sociedad y una civilización donde la Economía tiene mucho más poder que la Estética. Las obras maestras son hijas de estas vocaciones austeras.

Con la imprevisión de la cigarra, amada de los dioses, Isadora, cuando reunía algún dinero, se consagraba al estudio de su arte y a la escuela de danzas con que intentaba perpetuar el don estético que había recibido. Era menester que la necesidad apremiase para volver a las contratas lucrativas, que la alejaban de los lugares y las tareas predilectas.

En esta autobiografía no se muestra sólo la artista. También se descubre la mujer, en cuanto puede hacerse tal distinción. Esta es la parte que corresponde a las Confesiones. Se distinguen las Confesiones, propiamente dichas, de los Recuerdos y Memorias en que éstos narran sucesos, hablan principalmente de la vida exterior y de relación, mientras las Confesiones levantan el velo de la morada interior y nos introducen en el huerto cerrado, cuya entrada suele guardar un instintivo pudor. Por esto son raras las verdaderas y sinceras confesiones que han de vencer no sólo ese impulso íntimo, que tiende a cerrar nuestro jardín interior, florido o mustio, que a veces puede ser, en vez de jardín, un dramático erial, sino también preocupaciones y respetos externos.

Es menester que brote dentro un ansia patética de comunicaciones—a la que responde la práctica de la confesión religiosa—para vencer los naturales obstáculos. El pudor o censura interna de las confesiones es mayor cuando se trata de la materia sexual, cuyas revelaciones pueden parecer en el hombre grotesco alarde de donjuanismo y en la mujer descoco o cinismo. Para precaverse de la sensualidad grosera, la moral cristiana, de que es heredera la moral aparente de nuestra civilización, ha cubierto con el velo del pudor la vida sexual. Debemos a esta concepción ética cierto refinamiento de la poesía del amor y también las especies del pecado, que han dado nuevo sabor a la sensualidad. Mas ha exagerado el sacrificio hipotético de la Naturaleza y ha caído en el error de convertir ese dominio secreto en algo vergonzoso, olvidando que estaba allí la fuente de la vida. De ahí la hipocresía monstruosa que rodea la vida sexual, y que conocen bien médicos y confesores.